

Martín Heidegger

MARIO SANCHEZ LATORRE

SOMBRA EN EL CAMINO.

Martín Heidegger nace cuando Alemania llega a los momentos finales del reparto del planeta por parte de Europa. Las conmociones de estas disputas, abiertas en el siglo XV, ensombrecen el horizonte.

Nietzsche lanza el aviso: se acerca una inquietante visita: “el nihilismo europeo”. Plantea, además, el derrumbe del edificio central de la filosofía: la Metafísica.

Husserl agrega la partícula “de” a la conciencia, para indicar que ella es siempre una toma de conciencia de algo. Así suelta su método fenomenológico.

Heidegger tiene 25 años en 1914. La guerra es la exhibición en este siglo del nihilismo europeo.

Aquí es posible situar el brote de “El Ser y el Tiempo”.

“¿Por qué justamente el tiempo? Porque en el origen de la filosofía occidental, la perspectiva conductora de la potencia ontológica fue el tiempo, pero de tal modo que dicha perspectiva como tal permaneció y tuvo que permanecer oculta”.

EL OLVIDO DEL SER.

El siglo XX muestra los rasgos de los tiempos-ejes. Jaspers señala una pista: el siglo VI A. C. alberga sucesos en lugares claves del planeta: en China aparece Lao-Tse, en India Buda, en Irán Zoroastro, en Asia Menor los profetas hebreos.

Agrego. En nuestra América nacen las civilizaciones Nathual, Inca y Maya. Ellas son barridas por la floración de imperios que entrega Europa al promediar el siglo XVI.

Desde este tiempo Europa no cesa de extender su dominio sobre el planeta, mientras siente que en ella se encarna la historia universal.

La encrucijada de un tiempo-eje se le plantea a Heidegger al sobrepasar los treinta años. Su genio le exige emplearlo en descubrir el origen de la historia que permite la llegada de este huésped.

Asevera: el problema radica en “el olvido del ser”, pues el nihilismo significa que “nada es el ser”.

EL UMBRAL DE PIEDRA.

La filosofía brota en la cabezota de Parménides cuando establece que la razón resuelve la controversia de la vía de la verdad. Esta vía conduce a la certeza de que el ser es eterno, imprecedero, inmóvil e increado.

Probablemente una noche del año 523 A. C., en Elea —periferia del imperio griego— Parménides realiza en el umbral de piedra de la diosa de la justicia, que reprime severamente las faltas, la eliminación de la nada. “El ser no es y necesariamente, el no ser es, es un estrecho sendero por donde no se puede aprender nada. Elimina esta vía que yo condeno”.

Es la orden de la diosa. Parménides deja en su cabeza: “el ser es”.

Nace la luz negra llamada “razón”; con ella, posteriormente, Sócrates, Platón y Aristóteles construyen el espejo de la conciencia. Sus categorías, lógicas y métodos brotan inexorablemente de esta acción.

Las civilizaciones de Occidente desenvuelven el destino de este acontecimiento griego hasta culminar en el diagnóstico de Nietzsche. El nihilismo europeo presiona sobre las instituciones, categorías e instrumentos mentales y los hace tambalear, fallar o hundir.

“Las dos guerras mundiales ni han detenido el movimiento nihilista ni lo han desviado de su dirección”. “De un lado el movimiento del nihilismo se ha hecho mucho más patente como movimiento planetario, incontenible y multiforme que lo car-

“come todo”, escribe Heidegger en 1955 a su amigo Ernesto Junger.

La aurora del pensar se inicia con la angustia por la aniquilación del tiempo. El ser eterno, inmóvil e increado atravesía 25 siglos. Es la casa de la Ontología, el lugar de donde salen los sistemas filosóficos, los imperios, las ciencias, con su prodigo: la física y de allí la bomba nuclear. Se acerca el fin de la proeza inaugurada por Parménides. 25 siglos después, reaparece la angustia en el existencial central de Heidegger. El ciclo del pensar, al cerrarse, desnuda su comienzo. La nada suprimida pasa su cuenta. La cabeza de Nietzsche registra el acontecimiento. La locura del pensador testimonia la magnitud del suceso.

EL MANANTIAL DE RILKE.

Abordar el tiempo con los instrumentos del pensar se transforma en empresa temeraria. Es operar al corazón con tenedor o salir a la estratosfera en volantín.

Heidegger plantea: “El pensar sólo empieza cuando nos enteramos que la razón es la más porfiada enemiga del pensar”.

Es el último cabo de la aventura de la filosofía.

La faena es distinta a la filosófica. El derrumbe del mundo suprasensible arrastra 25 siglos de filosofía.

Parménides negó la nada y sostuvo al ser a través de su brazo derecho. (La mano derecha la tomó la diosa cuando le llenó la cabeza de prohibiciones).

El tiempo, “el niño que juega a los dados”, aparece detrás del rostro de la nada y cobra el precio por su aniquilación. Pronuncia su acertijo:

—La razón no puede registrar su tiempo, pues pasó 25 siglos sin hacerlo. Inmóvil sobre su ser, repitió eternos ejercicios y muecas infinitas en su vacío.

Heidegger vuelve su búsqueda hacia dos enormes poetas líricos: Holderlin y Rilke.

“Que el poetizar es evidentemente asunto también del pensar, tenemos que aprenderlo por primera vez en este instante del mundo”.

Los dos poetas realizan la hazaña de exhibir la máxima altura del final de la lírica iniciada también en esa cantera del siglo VI A.C.

Rilke envuelve sus Elegías en los Sonetos a Orfeo, el poeta de ese siglo VI.

Los Sonetos son un chorro de regalo cuando entre el 2 y el 11 de febrero de 1922, en el torreón de Muzot, termina las Elegías y Orfeo danza en el manantial de Rilke.

En enero y febrero de 1912 nacen en Duino la segunda Elegía, los comienzos de la tercera, de la sexta, de la novena y el fragmento de la décima: "Que un día libre ya de la terrible visión que me acosa se eleve mi canto de júbilo y alabanza hasta los ángeles propicios. Que ninguno de los martillos de mi corazón pulsados nítidamente rehusen herir las cuerdas flojas, vacilantes o desgarradas".

En 1922 desde el torreón de Muzot escribe a su amiga María de Thurn y Taxis: "Justo en sábado, a 11, a las seis de la tarde, está lista. Todo, en algunos días, fue como una tempestad innombrable, un huracán en el espíritu. Como entonces en Duino todos los ligamentos y tejidos han crujido en mí".

En la pared de su cuarto un dibujo a pluma de Cina du Comegliano (siglo XV) representa a Orfeo con su lira, rodeado de animales.

ANILLO, BROCHE Y CANTARO.

El tiempo retorna de manera caprichosa: aparece diferente y desaparece en la indiferencia. Los poetas cantan el tiempo, registran su sístole y diástole. Este sentir transmiten en sus poemas. Los poemas son únicamente testimonios del suceso mayor: el paso del tiempo por su corazón. Este paso hace todo con nada y nada con todo. Los poetas forjan su imagen en llantos, risas, lamentos. Más tarde, en otro tiempo, piensan este suceso y lo vacian en ideas.

Hacen la segunda flexión, la reflexión.

Es la época de la filosofía.

Durante 25 siglos Occidente erige este ejercicio como el valor supremo y más originario. Poetizar pertenece a otro rango susceptible, a partir de Aristóteles, de situar en el estudio de una disciplina filosófica: la Poética.

Por este cauce discurre la lírica desde Orfeo hasta aparecer al final de diez años, atravesados por una guerra, en el corazón de Rilke: "Célebre Orfeo, anillo, broche y cántaro".

Desde ese instante poetizar no será la actividad que fue durante 25 siglos.

Este cabo del enigma manipula Heidegger. Llega al umbral de la gestación del mito: la memoria, la obra del tiempo en el tiempo, el lugar de donde surge el mito.

LA MEMORIA INOLVIDABLE.

La memoria inolvidable es el centro de la gruta fantástica. Allí depositan su polen con recados de todos los tiempos las ondas de la poesía para que los poetas hagan sus cuentos, entonen sus cantos, dancen sus leyendas y cumplan su destino:

Te irás consumiendo en tu propia creación.

A los 47 años escribe Heidegger: "Poder preguntar significa poder esperar, aunque fuese la vida entera". "Mas lo esencial no es el número, sino el tiempo justo, es decir, el justo instante y la justa perseverancia".

El tono de la escritura indica que ella se remonta a un tiempo anterior, tal vez lleva veinte años de maduración. Hace su secreto: el paso del tiempo se registra con el tiempo de su tiempo en el justo instante.

Entre pensar y poetizar "reina un oculto parentesco porque ambos se derrochan en el servicio del lenguaje para el lenguaje. Pero entre ambos existe a la vez un abismo".

La poesía registra la memoria, el pensar la olvida. El abismo es la memoria. La poesía atraviesa el abismo cuando lo pulsa con su tiempo. El pensar se queda inmóvil en medio del abismo fabricando el pan de la angustia. Este pan no contiene nada y hace preguntar: ¿El ser no será sólo un vapor?

Cuando aparece el tiempo en la perspectiva de "El Tiempo y el Ser" termina este tiempo en el silencio de Heidegger.

El mito es la residencia del habla paradojal.

Donde la poesía late, tañe, lamenta, llora, canta y ríe, su luminosidad verdosa mantiene un desasimiento con el signo de silencio.

LOS COMPAÑEROS INVISIBLES.

Rilke informa que Orfeo es de dos mundos, del visible y del invisible: "¿Es Orfeo el aquende? No, de ambos reinos brotó su amplia naturaleza".

En Muzot estuvo Orfeo al lado de Rilke ayudándole a pulsar su tiempo,

Holderlin, Rilke, Orfeo y Sófocles, los compañeros invisibles en medio de las tempestades de la Selva Negra, asisten a Martín Heidegger cuando comienza a salir del itinerario del pensar. Con leves indicaciones le facilitan el paso por su tiempo para acercarlo al reino del claroscuro. La alta región donde participamos del acontecer invisible en el visible, el lugar de la reunión, el horno que permite a los hombres ir y venir con sus lumbres de lo claro a lo oscuro y de lo oscuro a lo claro, el manantial del amor, la memoria inolvidable.

EL CREPUSCULO.

El siglo XX dilucida las sombras inhóspitas.

La visita abre su carta.

Asevera:

—Tejo un mito contra los mitos con la ayuda de principios eternos: ser, esencia, apariencia, substancia, mónada, noumeno. Lo alimento con pan de la angustia. Este régimen elimina las zozobras del tiempo.

Durero y Rembrandt registran el juego.

Durero: Es la dieta del código genético de la melancolía que hace temblar de miedo al mundo.

Rembrandt: En el crepúsculo se consume la caverna platónica. Su itinerario del olvido es un ejercicio permanente que una noche llegó, pasó y desapareció.

LOS CUENTOS DE HERACLITO.

La risa y el llanto de Heráclito comienzan a aparecer cuando se acaba el camino del pensar.

Heráclito vivió 63 años. Escribió sus cuentos a los cuarenta. En 23 años pudo comprobar la fragmentación de su obra en doctrina. Alrededor del año 483 A. C. dio el nombre de “filósofos” a quienes se dedicaban a la aventura de partir por el camino del ser olvidando su memoria. Heráclito les advirtió lo que hacían. Ellos en sus cuentos lo llamaron “oscuro”.

Los filósofos recorrieron el camino y se toparon con la nada. Era la señal de la angustia producida una noche del año 523 A. C., al comienzo del verano, en julio, en el pueblo de Elea, cuando una diosa provista de una varilla de colegio impartió una orden terminante:

—Este camino está prohibido transitar. Este otro camino está permitido.

En el dintel final de la senda permitida aparece un afiche con la leyenda del enigma:

—Hubo una vez en Elea un hombre que sacó la palabra “profundo” de su lugar, el abismo, la puso en la garganta con registro de bajo, metió dentro lo más serio: los principios. Cuando los principios desaparecieron en lo profundo, buscó estos principios en lo profundo.

Otros hombres imitaron su faena. Heráclito los llamó filósofos, pues andarían 25 siglos sin masticar nada. Por el camino del ser construirían épocas con el olvido de su memoria.

No te dejes seducir.

Este sendero te conducirá al final y allí encontrarás que has dejado nada sin hacer y la nada no se es para gritar, sino para indicar: “aquí, es nada”. Y la nada es aquello que desde el comienzo podías hacer, por esto llegarás al final con nada por hacer.

EL HORIZONTE DE LA HISTORIA.

La aparición del sentido que permite obrar con el tiempo mostrará en los decenios de este siglo las dimensiones de la tarea que sobrevino en el destino de Martín Heidegger. Con los estertores de las instituciones fundadas por los griegos del siglo VI A. C., se hará más nítida la peripecia de la aparición de Martín Heidegger en Alemania y el desenlace de toda una historia cuyo comienzo se remonta a unos treinta mil años, cuando los hombres de la Edad del Reno hicieron otro ejercicio culminante: pintaron en sus cavernas bisontes, brujos y mamuts y prepararon la mano para el surgimiento de la escritura.

En esta perspectiva el siglo VI A. C. surge como ajuste de un proceso mayor: culmina el sentido de la vista. La filosofía es, entonces, el mito final cuando la mirada se hace función perceptiva-conceptual.

En esta culminación, con su técnica, Europa domina el planeta.

En Herodoto las guerras de los griegos con los persas son el acontecimiento de una historia universal. En Tucídides el acontecimiento universal lo indica la guerra civil entre Atenas y Esparta. En Polibio es la dominación de Roma sobre las riberas del Mediterráneo.

Europa es la heredera de esta visión.

Es el paso del horizonte de lo que constituye una historia universal.

1918 Spengler plantea en "La Decadencia de Occidente" el fin de la alucinación: Europa no es la historia universal.

Desde allí germina el horizonte de la historia del hombre en la Tierra, el niño que mastica su tiempo en el camino.

Esta historia universal será el cuento de los sueños del hombre, el animal que con su cuerpo realiza sus sueños.

Curiosamente Spengler se doctora en filosofía el año 1904, en Halle, con un ensayo sobre Heráclito.

LA FRAGUA DE LOS TITANES.

El siglo XX puesto entre 25 siglos hacia atrás y 25 siglos hacia el futuro, se convierte en el gozne oculto de cincuenta siglos. El decorado visible de los dos tercios recorridos con guerras y armisticios, bombardeos planeados en cerebro electrónico, indica sólo la espuma de la ola. En ella se reúnen las potestades terrenales para celebrar entrevistas televisadas delante del espectro del hongo atómico o lanzar exhortaciones al rebaño.

Es el fragor de la historia para los otros tiempos.

En los senos invisibles de este siglo se realiza, en medio de una soberbia soledad, una de las más grandes mutaciones de la historia del hombre, la segunda de su estancia en la Tierra.

Un aquelarre de siluetas de todos los tiempos vigila el parto de otros milenios. Trabajan los titanes en medio del derrumbe desatando huracanes sobre las realizaciones vigentes. Absortos y enajenados eluden la destrucción descifrando sus enigmas.

El sustento de milenios se funde en el secreto de la fantasía de los fraguadores de mundos.

Martín Heidegger pertenece a la serie de titanes de este gozne. Ata en su cabeza los cabos del asombroso itinerario de la filosofía. Clausura la época que Holderlin llamó "tiempos de penuria". Pone llave por dentro al mito del camino de la certeza para llegar a la verdad del ser que niega su condición de mito por extravío de su verdad.

Los milenios olfatean el tenue chasquido de su alquimia en Friburgo. Los resplandores de la nueva magia: la memoria inolvidable, iluminan su ingreso en el claroscuro del sueño, donde será posible hacer el mito de este tiempo.